

TIEMPO DE TRANSITO

PARECE que sea en octubre cuando empieza para nosotros el año natural. Los diciembre helados y borrascosos son mal tiempo para el tránsito. En cambio, la temperatura y el aire de octubre, que son pura delicia, se acomodarían mejor a la teoría de un balance. Muchas de las cosas de nuestro hábito, en la estructura social en que vivimos, comienzan en octubre: en octubre comienzan el bachillerato y el fútbol (cierto que por las exigencias del calendario esto último se ha adelantado hasta pisar septiembre); en octubre cambia la luz, la cual amengua sus fulgores y sus ardores, se torna evanescente y ponderada. El año sigue de corrido desde octubre hasta el verano como la acción de esos espectáculos con apoteosis que hicieron las delicias de la "belle époque". El verano es la apoteosis del año. Las noches caldeadas y de relumbrón, los días soleados y ardientes cierran el ciclo anual, como debieran si el curso de las estaciones fuera espectacular y teatral. Los matices de la cuestión parece que se han acentuado en estos últimos años. La intrusión de las docenas de millones de personas que nos visitan en verano no hace más que subrayar el carácter de apoteosis y de conclusión de un ciclo temporal; son las multitudes coreográficas que llenan el tablado, haciendo coro a la actriz, en los finales del espectáculo. Pero las cosas están establecidas de otro modo. Del verano al otoño no se hace más que arrancar una hojita del calendario. Después del estallido, la pieza continúa, sin si quiera la transición que hay entre dos tiempos de una sinfonía, aquella pausa orquestal que es acogida por todos con un silencio tenso. En realidad, las calendas ignoran olímpicamente que acaba de ser cerrado un ciclo social y moral y que empieza otro. La brusquedad del cambio afecta a nuestra carnadura y a nuestras vísceras. Pero no pasa nada.

El verano es tenido oficialmente por tiempo de vacaciones o, mejor, por el tiempo en que las vacaciones, cortas o largas, se sitúan. Eso acostumbra a ser siempre para los demás. Ciertamente, una buena parte de la población corta su raja laboral y abre en ella un paréntesis, que va desde la quincena al mes completo. Pero otra porción, muy extendida, de gentes penitentes y semovientes, no sólo no identifica al verano con el descanso sino que le tiene por el periodo del año de mayor agitación y actividad. Pregúntenselo, si no, a la muchedumbre de productores del ramo de la hostelería. No siempre se puede hablar en España con propiedad de las jornadas laborales; en ciertos ramos debiéramos atenernos a una clasificación por "estaciones laborales". Hay cuestiones de invierno y de verano, actividades de otoño o de primavera. Estas cuartas partes de año son activas o no según los oficios, por lo menos en las zonas que baña el turismo. Lo dicho: en muchos aspectos no estamos en el clima en que se puedan identificar verano y vacación.

Así pensamos ahora en que sería ocasión de calibrar las oportunidades de la estación que empieza; atendida confusa pero eficazmente la barandilla turística, amanece el tiempo del año en que pudieran dedicarse todas las energías a las carreteras y a la construcción. Una vez han cruzado el país los postreros automóviles con turistas, se entra en un letargo apacible, que no diremos que el país no merezca, pero que luego, en primavera, se paga con urgencias. Hemos visto todos los años acelerar e improvisar, de Pascuas a Ramos —y con exactitud entre esas dos festividades— las obras de trazado y pavimentación de carreteras que sólo se ponían en marcha ante la inminencia del aluvión. El otoño, tenido hasta ahora por la estación de los sosegados crepúsculos, debiera convertirse en la estación de las excavadoras y del asfalto. Hasta a los propios indígenas nos es relativamente sencillo ahora disculpar un vadeo en un tramo que estuviera en reparación. No así en primavera, cuando los primeros fulgores del campo nos solicitan y el camino de las playas empieza a ser de nuevo una aglomeración de vehículos y gentes.

Ahora los piquetes laborales de Obras Públicas tendrían a su disposición todos los caminos presentes y futuros, mientras la población ávida y trashumante del verano rehabilita su consistencia urbana. Hay muchas cosas que hacer en la ciudad, y hasta reencontrarle el sabor y el gusto. Para todos

aquellos que han sido víctimas del verano, el silencio que ahora se presume se convierte en verdadera vacación de otoño. Todo el país empieza el curso, en cierto modo. En estos días veremos, como un signo indudable de normalización, caminar a los chicos hacia las escuelas. Verdaderamente no termina el año, sino que empieza. Los rostros de los niños que en octubre cruzan por la calzada con su cartera en mano o atada por las correas a los hombros nos reconcilian con la vida. Despertamos lentamente de ese sueño veraniego de la razón, que engendra monstruos con melenas, ombligos de mujer y genios epilépticos cargados de "twist" y de ruido.

advertencia del otoño

El largo y cálido verano ya se va; ya se ha ido. No hay más que hablar. Este asunto del verano ha quedado resuelto. La verdad es que ¿hace falta el verano?, ¿de qué nos sirve? Las carreteras colmadas, la agitación a la intemperie, el sudor gratuito... Hartos de restaurante ocasional y de cervezas, volvemos a encontrarnos cuando empieza el otoño. Habrá al menos un cierto rigor. Ya esperamos que caiga la primera hoja: tenemos prisa por verla en zig-zag gravitar en el aire.

Quizá ello sea debido al hecho de que el verano pasa por encima de nosotros, nos atropella y nos derriba. En otoño, en cambio, volvemos a dominar la situación. El hombre de hoy es inferior al verano, que le abruma y castiga; pero está a nivel del otoño. No pasa el otoño inadvertido en nuestro ánimo como pasan otras estaciones. La escarcha y la neblina que se posarán en los cristales de los escaparates, la llovizna y ventisca de las esquinas tendrán su prolongación en lo más profundo del ánimo. Es el tiempo de la lectura provechosa y del silencio. Otoño es la estación de la intimidad. Nos imaginamos al otoño con presencia y figura de titán, barbudo ciclope de un solo ojo por el que asoma la oronda dimensión de una lágrima inmensa.

Todo empieza, aún tímidamente, a ser ya otoño en la ciudad. Son otoño los rostros de las mujeres y el caminar de los hombres, las voces de los vendedores callejeros y hasta el eco de los pasos con que cocean los lentos caballos tristes que quedan en la ciudad, ya también otoñales y moribundos. Empieza a ser otoño la pulpa de luz de los faroles en los barrios antiguos y la música de un saxofón que nos llega por el altavoz, en una encrucijada, cuando todo el silencio se ha vuelto noche. Son otoño, los pisos altos donde la colada tarda en secar y cuelga, mustia, de los alambres.

Mientras esperamos que esto acontezca, cuando sólo la hoja primogénita se balancea indecisa en la rama y amarillea lentamente, acontece todos los años una especie de adiós al verano en forma melódica. A pesar de que la tradición no es muy antigua, el acontecimiento ya es para nosotros la premonición y el puente que nos conduce, por fin, al otoño. Venimos todos en este tiempo un poco cansados de la desahogada galerna veraniega, del trasiego y del grito que nos envuelven, y por tanto entra bien en nuestro ánimo la canción sólo entredicha. El Festival de la Canción Mediterránea constituye una despedida al verano y un aleluya al otoño que comienza. Antes, poco antes de que la primera hoja se decida a caer, pasa por el aire una bandada de palomas, el aleteo ingravido de una docena de canciones.

La canción parece que viva dormida en el alma popular, en espera de la mano decidida que la despierte. Todos llevamos dentro un conjunto de frases y de músicas que no acertamos a expresar y del cual una melodía sustrada viene a constituirse de pronto en revelación sorprendente. Hay canciones que no pueden dejarnos ya más, que vamos tarareando sin querer durante largo tiempo y que zumban prolongadamente a nuestro contorno. Otras afloran y se eclipsan a su antojo, vuelven a renacer y se confunden con los demás ruidos que hace la vida en nuestro interior, en el caudal que no cesa de fluir.

Como Ulises, la gente escucha los cánticos diversos del Mediterráneo. Hay mucha luz en esta música de todos los litorales del mundo antiguo y a la que se llama "canción mediterránea". Las insinuaciones que nos traen estas melodías son tales, que nos preguntamos si la canción, o este género de canción, no ha sido siempre por naturaleza mediterránea. Mediterráneo significa algo que está en mitad de la tierra; estas canciones están en mitad de la tierra; en puridad, parecen la expresión de la tierra misma. Nuestro mar azul, sobre el cual fueron inventados los vientos y se puso nombre a los dioses, explica a través de ellas su propia vigencia. Cada frase es la modulación de una breve, pero eterna, oleada.